

oligárquicos latinoamericanos de los que extrae conclusiones acuciantes que incitan a refutarlas por la selección de criterios utilizados para abonar el punto de partida de sus indagaciones, o encarar nuevos cotejos o argumentos sobre el papel histórico (y contemporáneo) de las dirigencias latinoamericanas en los procesos de desarrollo y democratización.

**Beatriz Bragoni**

*CONICET y Universidad Nacional de Cuyo*

ETHEL BARJA. *Poesía e insurrección: la revolución cubana en el imaginario latinoamericano*. Iberoamericana Vervuert, 2023.

La palabra “revolución” ha sido durante el siglo XX y lo que va del XXI un imán que ha atraído con fuerza a la imaginación literaria latinoamericana. Entre los muchos ejemplos que podemos espigar, menciono aquí la primera nota a pie de página del ensayo “El problema del indio”, de José Carlos Mariátegui, texto que inaugura su ya clásico libro *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). La nota, en extremo larga, reproduce una parte significativa del prólogo que Mariátegui escribiera al libro *Tempestad en los Andes*, de Luis A. Valcárcel. Influidor por el pensador anarquista francés Georges Sorel, el padre del socialismo peruano señala ahí que el “resurgimiento” indígena en su país no depende de un ilusorio proceso de “occidentalización material de la tierra quechua” porque la civilización y el “alfabeto del blanco” no “levanta[n] el alma del indio”; lo que lo levanta es “el mito, (...) la idea de la revolución socialista”. La revolución—idea, concepto, mito—representa, pues, las más altas aspiraciones de un cambio que navega simultáneamente entre la utopía y la intervención sobre la realidad. No importa la época ni el grupo social que se quiere reivindicar, o la idea que se quiere imponer; lo que importa es la revolución misma, que simultáneamente acelera el tiempo y lo detiene.

Esa fascinación ha estado presente de diversas maneras en buena parte de la poesía escrita en Hispanoamérica durante el siglo XX, especialmente después de la revolución cubana. En este libro, la académica y poeta peruana Ethel Barja estudia la manera en que el movimiento rebelde consagrado en enero de 1959 todavía ejerce influjo en la poesía del continente. Pero más que la revolución misma como hecho histórico y como fenómeno político que despertó el entusiasmo juvenil de las generaciones nacidas durante la Segunda Guerra Mundial o un poco después, y que, como ella misma dice, cayó en “contradicciones, excesos y polémicas” (p. 11), Barja se concentra en algo más sutil e interesante: la insurrección (como reza el título), es decir, el espíritu de rebeldía que quiere instaurar lo que la autora llama “tiempo de promesa”, verdadero concepto

aglutinador de este estudio, caracterizado por la autora como la época en que se consolida y también se desintegra “la expansión transnacional del espíritu de insurrección” (p. 12) y como “la expectativa de cambio radical conformado por el proyecto de transformación social, los debates sobre su orientación y la lucha por realizarla” (p. 103). Barja se concentra en las dos décadas que van de 1960 a 1980, veinte años claves que fueron testigos de la consagración y la decadencia del tiempo de promesa.

Dividido en tres capítulos, *Poesía e insurrección* examina de cerca ciertas manifestaciones de la poesía cubana, peruana, nicaragüense, salvadoreña y chilena, centrándose en su elaboración del tiempo de promesa. El primero (“Tiempo de promesa en la poesía cubana”) analiza cómo el pensamiento utópico, suelo fértil de la revolución, forjó su lenguaje entre los intelectuales cubanos. Barja se concentra en la significación del grupo Orígenes, que publicara la emblemática revista del mismo nombre y cuya figura central es José Lezama Lima. Ellos fueron, en palabras de Barja, “el hito poético prerrevolucionario que abrió los caminos creativos para los años posteriores” (p. 23). Resulta interesante ver cómo, en el análisis de la autora, el pensamiento heroico de José Martí leído por el grupo Orígenes “se hace vehículo de los deseos de soberanía populares”, resguardándolo “para la memoria de generaciones futuras” (p. 26). A propósito del libro experimental *El diario que a diario* (primera edición 1972) de Nicolás Guillén, la relectura de la revolución o de ciertos episodios de la misma constituye lo que Barja denomina “poética del anacronismo estratégico”, que consiste en “un recurso de selección que trae eventos del pasado al presente de acuerdo con la utopía revolucionaria” (p. 48).

El segundo capítulo (“Tiempo de promesa en la poesía latinoamericana”) analiza la figura del “poeta-guerrillero” tomando como ejemplo a dos de sus figuras más emblemáticas: el peruano Javier Heraud y el salvadoreño Roque Dalton. Heraud, muerto con apenas 21 años en el Río Madre de Dios, cuando quería iniciar junto a otros guerrilleros la revolución en el Perú, sintió que su vocación poética y su vocación revolucionaria debían ser la misma luego de un viaje transformador a Moscú, a donde fue como delegado del Partido Social Progresista peruano al Fórum Mundial de la Juventud; en esa ocasión visitó también otros lugares de Europa. Después de ese viaje, realizó su entrenamiento guerrillero en Cuba. Heraud fue testigo de las demandas y reivindicaciones campesinas y del movimiento obrero en el Perú; esas circunstancias sociales lo inspiraron a participar en la lucha armada con tal de llevar a cabo la revolución, que ahora era una consigna continental no sólo limitada a Cuba. Mientras que Heraud construía un yo poético cuya máscara siempre se pareció a sí mismo, Roque Dalton, como dice Barja, “despersonaliza el discurso poético, incluyendo voces de diversas épocas de El Salvador, para darle densidad histórica a las

promesas de la revolución” (p. 124). Al estudiar el libro *Las historias prohibidas de pulgarcito* de Dalton (1974), Barja afirma que hay “un descentramiento del yo poético”, que ella caracteriza con el término bajtiniano de “heteroglosia dialogizada” (p. 125). El fin último de este poeta era señalar—tanto en su poesía como en sus ensayos—que El Salvador sí estaba preparado para la revolución, cosa que algunos ponían en duda.

El segundo capítulo contiene un interesante apartado sobre cómo la guerrilla marcó la obra de algunas poetisas (Claribel Alegría de El Salvador; Belkis Cuza Malé de Cuba y Gioconda Belli de Nicaragua) y sobre cómo ellas retrataron su rol de revolucionarias durante el tiempo de promesa. La participación de las mujeres en esos movimientos ha sido de desigual importancia, destacando incluso en el siglo XIX su rol como “madres de la nación” (p. 133). Pero estas poetisas contribuyen a diversificar ese retrato de diversas maneras. Alegría ofrece una poética de la precariedad de lo cotidiano; Cuza Malé es más crítica acerca de los logros de la revolución (ella comenzó a publicar sus libros después de la consagración del movimiento) y expresa sospechas sobre el lugar que las mujeres escritoras tenían en el gran proyecto histórico que protagonizaban; Gioconda Belli, especialmente con su libro *Línea de fuego* (1978) plantea, de acuerdo a Barja, “la incorporación del cuerpo de la mujer en la historia cultural de la revolución y muestra cómo el paso de las mujeres por la guerrilla transformó la autopercepción de su identidad”, creando de esa manera, una “poética somática de la revolución” (pp. 148-149). En este capítulo también vemos el desarrollo del “horizonte mesiánico” gracias a la poesía de Ernesto Cardenal y José María Arguedas, quienes reivindican en su poesía el pasado indígena del continente.

El capítulo tercero (“El ocaso del tiempo de promesa”) comienza, como es de esperar por su título, con el poeta cubano Heberto Padilla y su “caso” de censura y “confesión” pública a propósito de su libro *Fuera del juego* (1969). Se trata de un episodio a todas luces abyecto que para muchos intelectuales significó el fin de su apoyo a la revolución. Probado ya el hecho de que esta no era exportable (Heraud y el Che Guevara lo demostraron trágicamente) y visto que el impulso rebelde no podía ser uniforme en todo el continente, el tiempo de promesa se vio incluso más desprestigiado por la creación, de parte del gobierno cubano, de las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción) que no eran otra cosa que campos de trabajo forzado para disidentes y homosexuales. Padilla es el ejemplo emblemático de aquella desilusión que resultaba intolerable para la ideología cada vez más intransigente del régimen de Castro. El peruano Rodolfo Inostroza, por su parte, es el “profeta-anómalo” (p. 216) que vio su entusiasmo disminuido apenas se dio cuenta de que la revolución quería utilizarlo para exportar la lucha al Perú. Su libro *Consejero del lobo* (1965), escrito en La Habana, fue de hecho censurado incluso durante su proceso de edición.

Finalmente, Barja dedica la última parte de su libro a los chilenos Cecilia Vicuña y Nicanor Parra. Se entiende la presencia de Parra y su “anarquismo anti mesiánico”; Vicuña se entiende también en la medida en que su libro *Sabor a mí* (1973), inspirado por el proyecto revolucionario de Salvador Allende, se enfrentó a la realidad terrible del golpe de estado de 1973. Lo que cuesta entender, sin embargo, es la ausencia de Enrique Lihn en este capítulo; el autor de libros como *Poesía de paso* (1966) y *Escrito en Cuba* (1969) podría haber ilustrado de manera inmejorable el ocaso del tiempo de promesa.

En suma, este es un libro ambicioso y necesario sobre un tema que siempre será controvertido, especialmente ahora cuando parece ser que vivimos el tiempo de mayor incumplimiento revolucionario del que quizás tengamos memoria.

**Marcelo Pellegrini**

*University of Wisconsin–Madison*

MARGARET POWER. *Solidarity Across the Americas: The Puerto Rican Nationalist Party and Anti-imperialism*. University of North Carolina Press, 2023.

*Solidarity Across the Americas* describes “transnational expressions of anti-imperialist solidarity” with Puerto Rican independence and the archipelago’s Nationalist Party in the United States, Latin America, and the Caribbean. The work is based on extensive archival research in Chile, Peru, Mexico, and Puerto Rico, but mostly relies on sources found in the nation under study and the United States. More than an argument-driven work, *Solidarity Across the Americas* surveys the platforms and priorities of Puerto Rico’s Nationalist Party, highlighting the non-insular nature of Hispanic Caribbean radicalisms.

Though *Solidarity Across the Americas* primarily focuses on the period between the 1920s and the 1950s, its contents actually span from the late eighteenth century through the mid-1950s, after Puerto Rico acquired its current Estado Libre Asociado (Associated Free State/Commonwealth) status. The first chapter explores the origins of conceptions of nation in the archipelago, including a sharp summary of the historiography of Puerto Rican nationalism. Particularly, the author focuses on the periodization debate regarding the emergence of *puertorriqueño/a* and the related *borinqueño/a* as identifiers, which she connects to mobilizations pertaining to national independence and Caribbean sovereignty. Chapter 1 concludes with an account of the aftermath of the Spanish-American War and a discussion of Puerto Rican nationalists’ embracement of *Hispanismo*, which the author attributes to their connections to anti-imperialist networks that opposed US influence on Latin America. Chapter